

ELEVATOR por Manolo D. Abad

A quienes creen en mí

“La persona más peligrosa es una que está llena de miedo; esa es a la que hay que temer más”

(Ludwig Börne)

“No hay que tener miedo de la pobreza, ni del destierro, ni de la cárcel, ni de la muerte... De lo que hay que tener miedo es del propio miedo.”

(Epícteto)

“Del sueño a la muerte hay un pequeñísimo trecho”

(Torquato Tasso)

Elevator

Primera edición: Diciembre, 2012.

© 2012 Manolo D. Abad

HiFer Editor

www.elsastredeloslibros.es



I.S.B.N: 978-84-940541-9-8

D.L: AS-3858-2012

Diseño cubierta y compaginación: Belén Lobeto, a partir de una idea de Belén Lobeto y Manolo D. Abad.

Pintura portada: Juan Falcón.

Fotos: Pablo Lorenzana.

Imprime: HiFer A.G.

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc) sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

ELEVATOR

1 La noche de viernes tocaba a su fin. Nicolás lo supo cuando, al hurgar en el bolsillo de su pantalón, encontró tan sólo un par de monedas de un euro, a todas luces insuficientes para tomarse otra cerveza en el Slam. Vicente había iniciado una conversación con una rubia y Santos hacía lo propio con la camarera mientras ésta le servía otro generoso chupito de ron añejo. Nico sobraba y decidió afrontar la larga cuesta de la calle Mon en busca de su domicilio. Las calles vacías olían a mojado tras el paso de los servicios de limpieza. Los locales nocturnos ya tenían sus persianas bajadas. Caminó con pasos pesados y dubitativos sin cruzarse con nadie hasta la plaza de la Catedral. Decidió atravesar el parque de San Francisco, embriagarse con el aroma de la hierba mojada, disfrutar del inminente amanecer como tantas otras noches.

Al llegar a su domicilio, Nicolás se detuvo a contemplar la luz intermitente del portal. En otro más oscuro, esa señal hubiera sido inquietante. Una localización ideal para una película de terror. En cambio, en el de su casa, decorado con una funcionalidad vulgar y sin matices destacables, la luz sólo representaba el comienzo de una avería. Se estropearía en unas horas y habría que reemplazarla. Así de sencillo. Así de cotidiano, de aburrido. Pulsó el botón de llamada del ascensor y esperó, con la mente en las nubes, que llegara. Permaneció unos momentos absorto ante la puerta, sin darse cuenta que el aparato había arribado. Al entrar, se percató

que la luz intermitente también se había apoderado del reducido habitáculo. El molesto ruido de un chisporroteo se unía a la iluminación deficiente y a otro sonido que no se correspondía al de un ascensor que había sido cambiado semanas antes. Aunque no lo recordase bien, a Nicolás le sonó algo parecido al elevador de la casa de su abuela, un viejo aparato a juego con el vetusto edificio donde vivía. Incluso la arrancada, nada más pulsar el interruptor que marcaba el piso doce, le pareció diferente. Pensó en un desproporcionado acelerón de un automóvil o, más bien, al cosquilleo que te recorre el estómago cuando afrontas a gran velocidad una bajada repentina. No le dio importancia, tan sólo se sintió un tanto molesto al revolvérsele las tripas y notar cómo ascendía la última cerveza hasta casi la garganta provocando una arcada asquerosa. No podía vomitar en el ascensor. Nicolás inició unas respiraciones acompasadas para evitarlo y, tras cinco espiraciones e inspiraciones, consiguió calmarse. El ascensor frenó en seco y la arcada regresó. Antes de abrir la puerta, volvió a espirar, inspirar, espirar, inspirar, espirar, inspirar. Se contempló en el espejo, algo raro en él, y sonrió. Se sentía bien, de nuevo. Volvió a exhalar aire, esta vez con fuerza, como un suspiro brutal, y f anqueó la puerta del elevador. Caminó en línea recta hacia su piso y, antes de que sacase las llaves, la puerta se abrió. Nicolás no se extrañó que no fuera su madre quien lo hiciera, ni de que, en su lugar, un hombre vestido de mayordomo

al que no había visto en su vida, pero que le resultó extrañamente familiar, le invitase a entrar:

-Adelante, le estábamos esperando.

Nicolás dudó. Tras ese hombre reinaba la oscuridad más absoluta y un fugaz pensamiento le hizo estremecerse. Sin embargo, decidió entrar. El largo pasillo se iluminaba con cada nuevo paso. No lo recordaba así. Aquella no parecía su casa, sin embargo, algo familiar le instaba a seguir andando al mismo tiempo que aquel mayordomo. Cuando alcanzaron el final del pasillo, donde se alzaba una enorme ventana de cristales con varios colores, el hombre se giró hacia él y, con gesto amable, le invitó a atravesar la puerta que había a su derecha.

2

El mayordomo abrió la puerta y golpeó a Nico en su espalda. Un golpe no muy fuerte, pero firme. Nico avanzó, a trompicones, hacia una sala oscura que parecía una taberna antigua. La decadente barra estaba ocupada por dos viejos desdentados que hablaban y bebían vino. Cuatro mesas y un espacio sin muebles, vacío, se ofrecían ante sus ojos. Decidió ocupar una de las cuatro mesas. Antes de sentarse él, estaban libres, pero se fijó que, al llegar el camarero, habían sido ocupadas todas. Nicolás parecía haber perdido la noción del tiempo.

Envuelta en niebla, como si se tratase de un vídeo-clip de los ochenta, apareció frente a él una mujer de bandera. Su pelo rubio ensortijado brillaba con una luz cegadora que destacaba entre las tinieblas del local. Dio unos pasos mientras le miraba fijamente. Llevaba un vestido de tirantes rojo sobre el que se acomodaban sus curvas como en el más erótico sueño de un diseñador de moda.

Hizo ademán de coger la silla situada justo al lado de Nicolás.

-¿Puedo?

-Sí - respondió, aturdido.

-Estás muy solo aquí. Eso no es bueno.

Un camarero de gesto hosco salió de las sombras.

-¿Qué quieres beber, cariño?

-Es que no...

-... Está bien -sonrió- pediré yo: ¿qué te parece un vodka con naranja?

-¡Oh... yo... bien!

Nicolás no estaba acostumbrado a que las mujeres llevaran la iniciativa. Volvió a rascarse los bolsillos para comprobar que tan sólo le quedaban dos monedas de un euro.

-Verás, es que yo no tengo dinero para pagar esto.

-No te preocupes, cielo, no importa.

Le besó. Un beso profundo. Ella invadió su boca con su lengua. Sabía a cigarrillo rubio americano.

El camarero les sirvió las bebidas en cuanto se despegaron. Se miraban fijamente a los ojos. Nicolás no sabía qué decir, qué pensar. La única sensación fue placentera, le gustaba lo que estaba sucediendo, así que las preguntas sobraban.

Se miraron fijamente mientras bebían de sus respectivas copas. Al terminar, ella volvió a besarle. Ni siquiera le había preguntado su nombre. ¿Para qué romper el hechizo? ¿Quién deseaba conocer nombres cuando la noche parecía enderezarse como hacía demasiado tiempo que no ocurría? Un nuevo descanso. A Nico casi le faltaba el aire. Otro trago a la copa. Había perdido la visión del local, como si no existiese. Invadido por el perfume de la mujer, excitado por sus besos que ahora sabían a una mezcla extraña de tabaco rubio americano, vodka y refresco de naranja, creía estar tocando el paraíso.

El tiempo discurría despacio aunque sólo era lo que a Nicolás le parecía. Las copas ya estaban vacías.

-¿Te parece que nos vayamos?

La pregunta de la mujer le sorprendió.

-Vale.

Atravesaron una puerta y regresaron al pasillo. Ella le condujo al fondo, hacia la parte más oscura. Sacó una llave y abrió.

Entraron en una habitación donde tan sólo pudo divisar una enorme cama y una mesita de noche. La rubia volvió a besar a Nico al mismo tiempo que le quitaba la ropa. Cuando estuvieron desnudos, ella se colocó a horcajadas sobre él. Hicieron el amor.

Ya exhaustos, la mujer le ofreció una bebida energética. Nico no se había dado cuenta que, frente a ellos, había una mesa donde se escondía un mueble-bar. Vio su rostro reflejado en un espejo situado enfrente. Expresaba una enorme satisfacción. Bebió un sorbo largo. El sabor dulzón invadió su paladar. En ese momento, la mujer dijo:

-¡Ya podéis pasar, chicas!

La entrada de dos nuevas mujeres cogió desprevenido a Nico. Ninguna de ellas poseía la belleza de la anterior. Una -la morena- de nariz aguileña, le hizo estremecerse de pánico, con sus pequeños ojos verdes encendidos, de los que parecía emanar un turbio brillo. Con el pelo revuelto se asemejaba a una bruja. O a lo que Nico pensaba que podría ser

una bruja. La otra, de cabellos castaños, estaba bastante gorda y su rostro estaba desgastado por los años. Sin duda, era la más vieja de las tres. La morena sonrió con expresión perversa y dijo:

- ¡¡¡Ya es nuestro!!!

De un inverosímil salto, la bruja se puso sobre él. El contacto le excitó a pesar del asco que le dio su cara. Apartó su rostro hacia su derecha y se encontró con la rubia que volvió a darle un asfixiante beso en la boca. No podía mover los brazos, que estaban siendo sujetados con firmeza por la mujer más vieja. La morena se las apañó para que él la penetrara mientras no paraba de chillar y reír. Nicolás forcejeaba pero era incapaz de desasirse de las manos que le sujetaban sus extremidades. Los movimientos de su cuerpo eran vanos y estimulaban más a la bruja que se las arreglaba para moverse de arriba abajo mientras le sostenía con sus brazos las piernas que eran incapaces de patallar, a pesar de sus desesperados intentos. Así permaneció durante varios minutos que le parecieron horas de lucha. Cuando tuvo el indeseado orgasmo pudo percibir que la mujer más vieja le había atado las manos a las patas delanteras de la cama. Aunque conseguía moverlas un poco, no era lo suficiente para efectuar ninguna maniobra que le permitiera defenderse o desasirse.

Abrió los ojos y allí estaban las tres, arrodilladas frente a él. La rubia le ofreció un sorbo de bebida energética. Lo rechazó.

-Vaya, tendremos que recurrir a otros métodos.

La rubia empezó a desnudar a las otras dos, al tiempo que comenzaba a acariciarlas, a besarlas. Aquello fue suficiente para que Nicolás tuviera una nueva erección. La rubia se colocó a horcajadas sobre su estómago y la más vieja se introdujo su miembro. La bruja le besaba por toda la cara. Su aliento era repulsivo, pero el movimiento acompasado de la mujer de cabellos castaños consiguió que alcanzara un nuevo orgasmo. Quiso forcejear de nuevo, a pesar de que el sueño le estaba invadiendo. Fue entonces cuando comprobó que también le habían atado sus tobillos. Se movió frenéticamente durante unos minutos en los que pudo escuchar sus risas de satisfacción. Agotado, el sueño terminó por vencerle.

Unas palmaditas en sus carrillos le despertaron. Las caricias fueron alcanzando más y más fuerza hasta que Nicolás decidió abrir los ojos. La visión de la cara de la bruja cerca de la suya le hizo exclamar de horror.

-¡Vamos, muchacho, aún nos queda tiempo!

La rubia comenzó de nuevo con el ritual de los besos profundos. No pudo resistirse a sus ósculos, a las caricias de las otras dos, que cuando comprobaron que su miembro aumentaba de tamaño comenzaron con el sexo oral. Le tocaba el turno a la bruja que volvió a exclamar de placer como si hubiese salido de las mismísimas entrañas del infierno. La resistencia, inútil, de Nico era cada vez más pequeña. No le quedaba más remedio que tolerarlo hasta que

aquellas horribles mujeres le dejaran en paz. La pregunta era: ¿cuándo cejarían en su violación? No parecían tener prisa y Nicolás había perdido la noción del tiempo. Segundos, minutos, horas, parecían haberse diluido en una nebulosa informe que parecía un mal sueño. Sentía el comienzo de un dolor que ya comenzaba a oprimirle su miembro viril, unos latidos que seguían una vez que las mujeres terminaban con el sexo. Agotado, esa sensación tampoco parecía real.

-Bueno, parece que nuestro amigo ya no puede con los métodos naturales - era la más vieja de las tres, con sus mejillas sonrosadas de placer.

Volvieron a besarse entre ellas pero con más intensidad y recorriéndose todos los rincones de sus cuerpos. Nicolás no pudo resistirse y se excitó nuevamente. Pensó que quizás podría ser la última. Ellas siguieron dándose placer entre ellas hasta que la rubia las interrumpió:

-El pipiolo aún puede una vez más. ¡Me toca!

Le estaban forzando sexualmente, pero esta vez fue un torrente de placer para Nico. Cuando terminó, en cambio, el dolor se instaló en sus entrañas con una fuerza inusitada. Gritó y gritó, pero los dolores no cesaron.

Las mujeres se miraron y sonrieron entre ellas, cuchichearon, riéndose como esas adolescentes bobas que se cuentan secretitos estúpidos y banales.

-Llegó el momento de la química.

Todas se carcajearon mientras una de ellas iba a buscar en su bolso un paquete de pastillas. Extrajo una de las milagrosas pastillas azules y le obligó a Nico a tomársela con un poco de bebida energética. A pesar de su resistencia, las mujeres pudieron llevar a cabo sus propósitos.

-¿Podrá con las dos? - la vieja le preguntaba a la bruja, temerosa de que el hombre no llegara en condiciones a su turno.

-Apuesto a que sí -dijo la rubia precipitándose sobre su polla para aplicarle una felación que le pusiera en bandeja de plata para la bruja.

Al tiempo que se volvía a empalmar, Nico percibió cómo la vibración viajaba por sus venas, impulsada por un corazón que no le cabía en el pecho. Su cabeza recibía constantes golpes internos, fruto de una sangre que corría a gran velocidad. Sus ojos ya no discernían los detalles del rostro de la bruja, con arrugas que parecían cinceladas a golpes secos, sino que sólo vislumbraba colores en líneas horizontales paralelas que describían extrañas autopistas por las que los azules, los verdes, los naranjas, se cruzaban de izquierda a derecha, como si jugaran un partido de tenis de mesa en un inacabable viene y va. Ni siquiera se enteró de una nueva erección. La más vieja se había situado a horcajadas de nuevo y comenzaba a moverse sobre él. Nico sólo veía líneas azules, verdes, naranjas... No estuvo seguro de si por su boca salía una espuma insabora, pero sí de que,